

virtud teologal, es el amor de Dios. Verdad es que Jesucristo añade á esto el amor del prójimo; pero veamos qué han hecho los teólogos de este amor al prójimo; ellos nos enseñarán cómo el amor de Dios nos obliga á no amar á nuestros semejantes. "Es claro, dice Nicole, que si hemos de amar á Dios con todo nuestro corazón, no podemos conceder parte alguna de este amor al mundo y á las criaturas, porque la parte que se les concediese sería en perjuicio de la plenitud del amor de Dios. Una consecuencia manifiesta de este precepto es la prohibición que nos impone San Juan de amar al mundo, y lo que nos prescribe San Pedro cuando exhorta á todos los cristianos á abstenerse de todos los deseos carnales, lo cual comprende todo amor á las criaturas. Es, pues, una verdad indudable que todo amor á las criaturas por ellas mismas, todo amor que se detiene en la criatura y que no remonta hasta Dios, es malo y corrompido," (1). Hé aquí una concesión aparente hecha á las afecciones humanas. ¿Quiere esto decir que los filósofos calumnian al cristianismo cuando le atacan porque condena los sentimientos más dulces y más imperiosos de la naturaleza? La disputa es puramente cuestión de palabras. Ese amor de las criaturas dedicado á Dios es una cosa imposible. Los moralistas cristianos lo conocen tanto, que dicen que el camino más corto y más fácil de no amar á las criaturas por sí mismas es apartarse absolutamente de ellas y renunciar á ellas para siempre (2). Lo cual equivale á decir con Pascal: "Si hay un Dios, no debemos amar más que á él y no á las criaturas." Vemos, pues, en lo que se convierte el amor del prójimo tan decantado por los defensores del cristianismo. Escuchemos la respuesta que, por boca de Voltaire, da la conciencia moderna á esta aberración: "Es preciso amar con gran ternura á las criaturas; es preciso amar á su patria, á su mujer, á su padre, á sus hijos; se los debe amar tanto, que Dios nos los hace amar involuntariamente. Los principios contrarios son buenos para hacer razonadores inhumanos; y esto es tan cierto, que Pascal, abusando de este principio, trataba á su hermana con dureza y rechazaba sus servicios, por no incurrir en amar á una criatura. Si ésta fuera nuestra regla de conducta, ¿qué sería de la socie-

(1) NICOLE, *Ensayo de moral*, t. v, p. 247.
(2) NICOLE, *Ensayo de moral*, t. v, p. 273.

dad humana!," (1). Rousseau ha dicho lo que sería de ella, lo que es en realidad para los devotos: "El amor de Dios sirve de excusa á los devotos para no amar á nadie," (2).

D'Holbach nos dirá cómo se arreglan los sacerdotes, no solamente para no amar á nadie, sino para odiar á todos los que no quieren someterse á su yugo, siempre por amor á Dios: "No consideran como su prójimo ni como hombre al que no piensa como ellos. Según estas ideas, denuestan, persiguen, y cuando pueden, hacen exterminar á todos los que les desagradan; apenas se les ve perdonar á sus enemigos más que cuando no pueden vengarse de ellos. Verdad es que no vengan nunca sus propias injurias; no son sus propios enemigos los que tratan de exterminar, sino las injurias hechas á Dios, el cual, sin duda, sin su auxilio, no podría vengarse por sí mismo. Además, ya se sabe que los enemigos de los sacerdotes no pueden nunca dejar de ser enemigos de Dios; éste hace siempre causa común con sus ministros en la tierra; le parecería muy mal que por una excesiva indulgencia perdonasen las ofensas que reciben en su nombre. Solamente, pues, por celo, son nuestros sacerdotes crueles, vengativos, inhumanos, seguramente perdonarían á sus enemigos si no temiesen que el Dios de las misericordias llevase muy á mal su indulgencia."

Este cuadro de la caridad cristiana, tomado de las *Cartas á Eugenia*, está trazado de mano maestra. ¡Admiremos la caridad de que, como es natural, dan ejemplo los ungidos del Señor! A fuerza de amar á Dios, aquellas santas almas odian á su prójimo. ¡Y el odiar al prójimo es amarle, porque se le odia por amor de Dios! No hay para qué decir que los fieles deben imitar á sus pastores. Deben amar á Dios sobre todas las cosas, y, por consiguiente, con preferencia á sus semejantes. "Tomamos interés en todo lo que afecta al objeto de nuestro amor; por esto ningún buen cristiano puede dispensarse de desplegar su celo, y aun, si necesario fuese, debe exterminar á su prójimo cuando piense ú obre de una manera desagradable ó injuriosa para su Dios. La indiferencia en este caso sería un crimen; cuando se ama sinceramente á

(1) VOLTAIRE, *Notas sobre los Pensamientos de Pascal* (Obras, tomo XXIX, p. 280).
(2) ROUSSEAU, *La Nueva Eloísa*.

Dios, es preciso manifestar calor por su causa, y en este sentimiento no cabe exceso," (1).

La caridad cristiana, dicen, se ha manifestado por medio de la beneficencia. Pudiéramos poner en duda la caridad práctica del cristianismo lo mismo que su caridad teologal. Si practica la caridad, no es por humanidad, no es para aliviar miserias que le importan muy poco, sino como medio de procurar la salvación de los que practican la caridad; ó como propaganda, lo cual implica otra vez el espíritu de dominación que reaparece en toda la historia de la Iglesia. Los libres pensadores no se ocupan de esta fase de la cuestión; examinan la beneficencia cristiana bajo el punto de vista social, político, y les cuesta poco trabajo el demostrar que produce los resultados más funestos. D'Holbach hace observar en primer término que todas las religiones, lo mismo la de Mahoma que la de Cristo, recomiendan mucho la limosna. "Nada, dice, está más conforme con la humanidad que el socorrer á los desgraciados, vestir al desnudo, tender una mano bienhechora á todo el que tiene necesidad. Pero ¿no sería más humano y más caritativo prevenir la miseria é impedir el gran número de pobres que hay? Si la religión, en lugar de divinizar á los príncipes, les hubiera enseñado á respetar la propiedad de sus súbditos y á ser justos, no se vería en sus Estados tan gran número de mendigos." Los apologistas del cristianismo suelen citar los numerosos hospitales levantados por la caridad cristiana para aliviar todas las miserias. También el mahometismo, dice d'Holbach, participa de esta gloria. Pregunta si no hubiera sido más humano gobernar bien á los pueblos, excitar y favorecer la industria y el comercio, dejarles disfrutar con tranquilidad del producto de sus trabajos, que oprimirlos bajo un yugo despótico, empobrecerlos con guerras insensatas, reducirlos á la mendicidad para saciar un lujo desenfrenado y fundar después suntuosos monumentos que no pueden contener más que una mínima parte de aquellos cuya desgracia se ha causado. La religión con sus virtudes no hace más que variar la naturaleza del mal; en vez de prevenirlo, le aplica un remedio insuficiente (2).

Mucho más podría decirse acerca de la caridad

(1) *Cartas á Eugenia*, en FRÉRET, *Obras*, t. I, p. 216, 217.
(2) *El Buen Sentido*, § 169, p. 244-246.

cristiana. Los economistas se han encargado de demostrar que en lugar de curar las miserias humanas las aumenta, destruyendo en los desgraciados el móvil de la actividad, de la iniciativa, del respeto de sí mismos y de ese justo orgullo que el hombre debe encontrar en atender á sus necesidades por su propio trabajo. Si el cristianismo no ha comprendido nunca la verdadera caridad, que consiste en favorecer el trabajo, es porque á sus ojos la pobreza es un bien y no un mal; ¿qué digo? es el único medio, el medio más seguro al menos, de entrar en el reino de los cielos. Los perfectos, los santos condenan la propiedad como un vicio; los monjes hacen voto de pobreza; los más perfectos entre los perfectos renuncian hasta á la propiedad en común y ven la perfección en la mendicidad. En este punto tocamos al extravío del espiritualismo cristiano: lo que es una virtud para los sectarios del Evangelio es un delito á los ojos de la sociedad laica. No se diga que el cristianismo es ajeno á estos excesos, porque la predicación y la vida de Aquel á quien los fieles adoran como al Hijo de Dios es lo que ha extraviado á sus discípulos.

III

Tales son los ataques que los libres pensadores dirigen á la moral cristiana. Todo lo que dicen es la expresión de los sentimientos y de las ideas de la humanidad moderna. Se los acusa de haber destruido la moral. Han destruido, en efecto, una moral, la moral del espiritualismo cristiano, moral extravagante cuyo inmediato resultado es la locura del monaquismo. ¿Quiere esto decir que hayan rechazado toda moral? Para predicar semejante doctrina hubiese sido necesario que los incrédulos hubieran sido más locos que los santos de la Tebaida. Diderot ha escrito estas hermosas palabras: "Hay que ser virtuoso ó renunciar á ser grande," (1). Y ¿qué entiende por virtud? "Bajo cualquier forma que se la considere, responde, es un sacrificio de sí mismo." La más sangrienta censura que dirige á Laharpe y á los que se le parecen es el egoísmo: "No sienten latir nada, dice, en su costado izquierdo," (2). No nos em-

(1) DIDEROT, *Ensayo sobre los reinos de Claudio y de Nerón*.
(2) DIDEROT, *Misceláneas de literatura* (Obras, t. I, páginas 601, 743).

peñemos, por otra parte, en buscar en un artista un sistema de moral, sobre todo cuando este artista hace alarde de materialismo. Pero al ver al materialista que consagraba su vida á sus amigos, al compararle con los Laharpes modernos, gentes muy espiritualistas, pero tan frías y tan egoístas como su modelo, nos asaltan deseos de exclamar: ¡Dios nos dé materialistas como Diderot!

Los contemporáneos de Diderot han hecho ya observar que era espiritualista á pesar de su filosofía. "Defensor apasionado del materialismo, dice Grimm, era idealista por su manera de sentir y de existir, y lo era á su pesar y por el ascendiente irresistible de su carácter." Admira, cuando se examinan los escritos de este materialista de profesión, encontrar en ellos una moral tan pura como la de los más severos filósofos. Escuchemos lo que dice de la lucha del vicio y de la virtud en nosotros: "El corazón del hombre se encuentra unas veces sereno, otras cubierto de nubes; pero el corazón del hombre de bien, semejante al espectáculo de la naturaleza, es siempre grande y bello, ya esté tranquilo ó ya esté agitado. El hábito de la virtud es el único que puede contraerse sin temer el porvenir. Pronto ó tarde, los demás llegan á hacerse importunos. Cuando ceden las pasiones, empiezan la vergüenza, el enojo, el dolor. Entonces da miedo mirarse á sí propio. La virtud se contempla siempre á sí misma con complacencia. El vicio y la virtud trabajan sordamente en nosotros; no están ociosos un momento, cada cual mina por un lado; pero el malo no se ocupa en hacerse malo como el hombre de bien en hacerse bueno; el partido que ha tomado, que es el de no hacer nada por sí, es el más bajo de todos. Proponemos un fin que pueda ser el fin de toda vuestra vida." Si los ungidos del Señor hicieran sermones como éste, creemos que sus oyentes no perderían nada.

Este predicador ateo predica también la caridad y la justicia. Hé aquí los consejos que da una princesa á su hijo: "La prosperidad os hará bueno, pero la adversidad os hará grande. Si hay grandeza en ser un hombre sereno, es en el momento en que los azares se amontonan sobre su cabeza. Haz el bien y piensa que la necesidad de los acontecimientos es igual para todos. Sométete á ello y acostúmbrate á mirar del mismo modo el golpe que hiere á un hombre y lo derriba que la caída de un árbol que rompiera su estatua. Eres mortal como

otro cualquiera, y cuando caigas, un poco de tierra te cubrirá lo mismo que á otro cualquiera... *En todas tus obras ten siempre presente el último momento, aquel momento en que la memoria de los hechos más brillantes no valdrá tanto como el recuerdo del vaso de agua dado por humanidad al que tenía sed.*"

Bossuet usaba un lenguaje más pomposo, más magnífico, pero ciertamente no decía nada mejor. Diderot, aunque fatalista por sistema, recomienda la justicia á la vez que la caridad: "Si queremos cumplir nuestros deberes respecto de los demás hombres, seamos justos y benéficos; la injusticia, ese principio fatal de los males del género humano, no aflige únicamente á los que son sus víctimas; es una especie de serpiente que empieza por desgarrar el seno que la abriga. Nace de la avaricia de las riquezas ó de los honores, y produce al mismo tiempo un germen de inquietud y disgusto. El hábito de la justicia y de la benevolencia, que nos hace felices principalmente por los movimientos de nuestro corazón, aumenta nuestra felicidad por los sentimientos que inspira á los que nos rodean," (1).

D'Holbach ha exagerado el ateísmo de Diderot; su alma no era bastante capaz para contener el Dios infinito que Diderot veía hasta en los ríos y en las piedras. Para él, el ateísmo es una verdadera religión, si estas palabras son conciliables. ¿Qué es la piedad según él? Es servir á su patria, ser útil á sus semejantes, observar las santas leyes de la naturaleza; es ser humano, equitativo, benéfico, razonable y sensato. Ahora bien; el ateo es capaz de todas estas virtudes, y, por consiguiente, de piedad. En el mismo libro en que predica el ateísmo con el fervor de un devoto hace hablar á la naturaleza del modo siguiente: "Escuchemos la voz de la naturaleza: ¿qué nos dice? Enjuga el llanto de la inocencia oprimida, acoge en tu seno las lágrimas de la virtud y del dolor, ábrase tu honrado corazón al dulce calor de la amistad sincera, hágate olvidar las penas de la vida la estimación de una compañera querida; sé fiel y dulce; aprendan los hijos la virtud de sus padres unidos y virtuosos; sé justo, porque la equidad es el apoyo del género humano; sé bueno, porque la bondad sojuzga todos los corazones; se indulgente, porque tú mismo

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la historia de la filosofía en el siglo XVIII*, t. I, p. 315, 317.

eres débil y vives con seres tan débiles como tú; sé dulce, modesto, perdona las injurias, vuélvete bien por mal; sé circunspecto, templado, casto; sé buen ciudadano; en una palabra, sé hombre, sé un ser sensible y racional," (1).

Podríamos citar muchas páginas del *Sistema de la naturaleza* en las que el ateo predica todas las virtudes posibles; si el estilo del autor tuviese el atractivo del de Diderot, nos hubiéramos impuesto el deber de transmitir las para edificación de nuestros lectores. Lo que hemos dicho basta para justificar á d'Holbach del necio cargo de inmoralidad que se le dirige. Él mismo ha condensado su moral en esta palabra: la *humanidad*. "La verdadera filosofía, dice, debe tener por principio el amor de los hombres, el deseo de verlos felices, la pasión por la gloria que resulta de contribuir á su instrucción y á su dicha. La *filantropía* debe, pues, animar á todo hombre que se precie de amigo de la sabiduría," (2). Define al *hombre virtuoso* "aquel cuyas acciones tienden constantemente al bienestar de sus semejantes." Lo que caracteriza esta virtud es un completo desinterés, aunque aparentemente está fundada en el interés. D'Holbach, el ateo, ha escrito estas hermosas palabras: "La virtud no es más que el arte de hacerse feliz á sí mismo con la felicidad de los demás," (3). ¡Dios nos dé ateos como d'Holbach en medio de cristianos como los que abundan en nuestros días!

Llegamos á un carácter distintivo de la moral de los libres pensadores. Se los acrimina por negar la inmortalidad del alma, y nosotros no vamos ciertamente á defenderlos. Pero es preciso confesar que su error ha sido benéfico en la esfera de la moral. ¿Qué es la moral cristiana? Diderot la define en dos palabras, diciendo que los devotos *hacen un préstamo á Dios al tanto por ciento* (4). No sería, en efecto, mala especulación si, mascullando sus oraciones y comiéndose á Dios, ganasen el cielo; una felicidad infinita y eterna comprada á tan corto precio sería lo que se llama una ganga. Evidentemente Dios saldría engañado. Pero ¿es posible engañar á Dios? Y ¿cómo ha de recompensar con la celeste bienaventuranza virtudes y prác-

(1) DAMIRON, *Memorias sobre la filosofía del siglo XVIII*, t. I, páginas 175, 186.

(2) *Sistema social*, parte I.^a, c. XVI.

(3) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 145, 344.

(4) DIDEROT, *Diálogos de un filósofo* (*Obras*, t. I, p.).

ticas viciadas en su esencia por el cálculo? En verdad, los ateos, los materialistas merecen el cielo mucho mejor que los más devotos, porque, si hacen el bien, no aspiran á la recompensa; si se abstienen del vicio, lo hacen sin temor del infierno. El ateísmo y el materialismo del siglo XVIII han contribuido á desterrar de la moral el cálculo; por este concepto merecen aplauso los libres pensadores, y lo merecen tanto más cuanto que han predicado con su ejemplo, estando su vida en armonía con su doctrina.

Debemos detenernos un momento en el error capital de los incrédulos: éste es, á nuestro parecer, su opinión acerca de la mortalidad del alma mucho más que la negación de Dios, porque su ateísmo es una falsa noción de Dios más bien que la negación de Dios. Pero la inmortalidad del alma no admite estas distinciones; no admitiéndola se incurre necesariamente en el materialismo, y en este desgraciado sistema, la moral no tiene fundamento sólido. ¿Cómo es que espíritus tan elevados como Diderot, almas tan amorosas como d'Holbach y Helvetius, han abandonado una creencia que constituye la fuerza y el consuelo así de los sabios como de las gentes sencillas? Generalmente se achaca este resultado á su falsa doctrina; es un medio inocente de desacreditar toda la filosofía. Hay una explicación menos agradable á los ortodoxos, pero más verdadera, y es que los libres pensadores no podían admitir la creencia cristiana de la vida futura, y su repugnancia contra todo lo que se llama dogma los impidió admitir otra concepción que estaba naciente en el siglo pasado, la de una vida permanente, infinita, progresiva, pero siempre individual.

Los libres pensadores no veían en el infierno y en el paraíso más que quimeras inventadas para turbar la razón humana y subyugarla por medio de la impostura: "Son fantasmas, dice d'Holbach, de que se sirven para seducir y alarmar á los mortales." Acabamos de decir que la creencia en una vida futura es un consuelo. Los incrédulos dicen que esto no es cierto en el dogma cristiano, y tienen razón; más bien es un tormento: "Dios, continúa d'Holbach, no da sus gracias sino á quien tiene por conveniente; no deja que dependa de nosotros el condenarnos, y la vida más pura no nos da la seguridad de alcanzar el paraíso. De buena fe, ¿no es preferible el aniquilamiento total de

nuestro ser al peligro de caer en manos de un Dios tan temible? ¿No vale más la nada que la perspectiva de la eterna condenación que espera á todos los hombres, puesto que son tan pocos los escogidos? ¿No se nos dice todos los días que para un hombre que se hace digno de la felicidad eterna, hay millares que han de condenarse? Y ¿qué es esa felicidad eterna que el cristianismo promete á sus elegidos? No se ha dicho nunca en qué consiste; hay más: es imposible concebirla; para dársela tendría que empezar Dios por cambiar nuestra naturaleza de seres finitos; mientras seamos lo que somos, criaturas, no somos susceptibles de una felicidad infinita ni de una desgracia infinita (1).

De la quimera del cielo y del infierno del cristianismo deducen los incrédulos que es una superstición imaginada por los sacerdotes, como tantas otras, para explotar la credulidad humana. Ninguna les ha sido más provechosa que ésta: "El dogma del infierno ha sido el fundamento del poder de los sacerdotes, la fuente de sus riquezas y la causa permanente de la ceguedad y de los temores en que su interés ha querido educar al género humano. Por este dogma, el sacerdote se convirtió en émulo y señor de los reyes. El monarca temporal se vió obligado á humillarse bajo el yugo del monarca eterno: aquel no dispone más que de los bienes de este mundo perecedero; éste extiende su poder hasta un mundo futuro, más importante para los creyentes que la tierra, en la cual no son más que peregrinos y pasajeros."

¡Si al menos el dogma del infierno fuese, como se pretende, una valla para los malos, si los separase del vicio y del crimen! Lejos de esto, vicia la moral. ¿Qué abuso no hacen los sacerdotes de la vida futura! Prometen el cielo á los buenos, pero encuentran medio de dar también cabida en él á los malos: "Los ministros de la religión dan á los hombres más malos medios de apartar de su cabeza los rayos y alcanzar la felicidad eterna." ¿No es esto excitarlos á que sean peores todavía? Diríase que la superstición se complace en pervertir á los hombres: "El dogma insensato de una vida futura les impide ocuparse de su verdadera felicidad, pensar en perfeccionar sus instituciones, sus

(1) *Cartas á Eugenia*, en FRÉRET, t. I, p. 131-142.—*Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 298, nota.

leyes y sus costumbres." Los incrédulos califican de insensato el dogma cristiano; la palabra es dura, pero es verdadera. ¿Qué se diría de unos hombres ocupados exclusivamente en una felicidad imaginaria, y que desatienden por este porvenir que no ha de realizarse nunca, porque es irrealizable, sus intereses actuales y hasta sus deberes? Esto es, sin embargo, lo que hacen los cristianos cuando toman en serio su religión. ¿No es esto una locura? (1).

Como se ve, lo que principalmente choca á los libres pensadores en la moral cristiana es que separa á los hombres de la sociedad para que Dios los ha creado. No quieren ya el cristianismo, porque es una religión del otro mundo, y los hombres destinados á vivir en la tierra necesitan una regla apropiada á su condición. Por su parte los cristianos echan en cara á los incrédulos que no tienen en cuenta lo infinito en la existencia del hombre, y que no consideran más que la vida presente, como si con ella concluyese todo. Hay algo de error, pero hay también parte de verdad tanto en la doctrina de los filósofos como en la creencia de los cristianos. Los filósofos se equivocaban al aprisionar al hombre en este mundo y al rechazar toda religión, como si toda religión separase al hombre de la vida real. Los cristianos se equivocaban al separar la vida actual de la vida futura, como si mediase un abismo entre ambas existencias, siendo así que, en realidad, se confunden, puesto que la una no es más que la continuación de la otra. Bajo este punto de vista, es posible conciliar el cristianismo y la filosofía. La vida presente no pone término á nuestros destinos: esta es la esencia del dogma cristiano; los filósofos la rechazan, porque la religión, dando una falsa idea de la vida futura, falsea también la vida presente. Pero si se admite que la vida futura y la vida presente no son más que fases de una sola y misma existencia, los filósofos no tendrán ya objeción que presentar contra la inmortalidad del alma. En efecto, la religión dejará de ser una religión del otro mundo, la salvación se alcanzará cumpliendo los deberes que Dios nos impone en esta vida; la moral dejará de ser una especulación, porque los hombres no buscarán ya como término de su destino la felicidad, sino el desenvolvimiento de las facultades de que

(1) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 300-301.

Dios los ha dotado. Esto es el único medio de acabar con la incredulidad y de conservar la religión.

§ V.—Los apologistas de la religión y los libres pensadores.

I

Un celoso protestante que escribía la historia de la incredulidad en la segunda mitad del siglo XVIII dice que los ataques de los incrédulos han producido un gran bien; casi se felicita por ellos. ¿Cuál es ese bien tan grande? Que los defensores de la ortodoxia dieron á luz refutaciones tan sólidas y tan perentorias de la doctrina de los libres pensadores, y demostraron tan cumplidamente su debilidad, que la religión cristiana recibió nueva fuerza y nuevo esplendor (1). ¡Qué ilusión tan poderosa la de los creyentes! La fe transporta las montañas, se dice. Es verdad; pero en sueños. En realidad, las montañas se quedan donde estaban. La positividad ha emitido muy diferente opinión acerca de los escritos de los apologistas. Apenas se digna nombrarlos la historia; sus nombres no son conocidos más que de muy pocos sabios; aun los que siguen siendo cristianos confiesan que ninguno de los defensores del cristianismo tuvo talla para luchar con los incrédulos. Donde hay una gran causa que sostener nunca faltan hombres; si faltaron en el siglo pasado, es porque el cristianismo tradicional estaba en plena decadencia. Los apologistas que entraron en liza contra la incredulidad, lejos de fortificar la fe, destruyeron su autoridad; bastaría con sus apologías para comprender que la causa cuya defensa tomaban á su cargo no podía salir triunfante. Nada más natural. Los libres pensadores atacaban á la religión por medio de la razón. ¿Qué podían hacer los apologistas? Apelar á la razón contra la razón misma. Este medio estaba ya usado y era peligroso. Es obligar á la razón á creer, haciendo ver que por sí sola va á parar al escepticismo. Pero ¿qué importaba esto á los incrédulos? La duda no les asustaba. Menos aún podían los apologistas declarar la guerra á la razón en nombre de la fe: la fe había perdido su crédito, y cuando está desacreditada, es en vano restaurarla.

(1) LESS, *Neueste Geschichte des Unglaubens* (en WALCH, *Neueste Religions-Geschichte*, t. III, p. 375).

Esto prueba que no se defiende una religión por medio de apologistas. Nunca ha faltado la duda en el seno del cristianismo; hasta algunos santos fueron atormentados por ella. ¿Cómo se libraban de ella? Por medio de la fe, porque la fe era todavía la más fuerte. Tenemos un curioso testimonio de esta lucha en una carta de San Francisco de Sales; escribe á madama de Chantal, que tenía algunos escrúpulos: "Las tentaciones de la fe van directamente al entendimiento, para atraerle á disputar, á soñar y á pensar en lo mismo. ¿Sabéis lo que habéis de hacer mientras el enemigo se entretenga en tratar de escalar la inteligencia? Pues convendrá que os deis cincuenta ó sesenta azotes, ó treinta, según la disposición en que os encontréis. Esta receta ha probado muy bien á un alma que yo conozco. Consiste, sin duda, en que el sentimiento exterior distrae el mal interior y provoca la misericordia de Dios. Además de que el malo (el diablo), viendo que se azota á su compañera y aliada la carne, teme y huye." Sobre todo, añade San Francisco, es preciso cuidar de no razonar: "En lugar de disputar con el enemigo por medio de razonamientos, dadle una buena carga:—¡Ah, traidor! ¡ah, desdichado! ¡Tú has abandonado la Iglesia de los ángeles, y quieres que yo deje la de los santos! ¡Desleal, infiel, pérfido, tú presentaste á la primera mujer la fruta de perdición, y ahora quieres que yo también participe de ella! ¡Atrás, Satanás! No, yo no disputaré ni discutiré. ¡Eva quiso disputar y se perdió! Eva fué seducida. ¡Viva Jesús, en quien creo! ¡Viva la Iglesia á cuyas opiniones me someto!" (1).

Hé aquí el lenguaje de la fe; nos hace sonreír, porque nosotros no tenemos ya fe. En el fondo, San Francisco de Sales está en lo cierto, por ridículo que parezca su remedio contra la duda. Los neocatólicos pretenden que su religión no es hostil á la razón. ¡Hipocresía ó ignorancia! La Iglesia quisiera parlamentar con el enemigo, ahora que la fe está ya destruida y que la razón ha quedado victoriosa. ¡Vanos esfuerzos! San Francisco, que tenía fe, que vivía en un siglo en que la fe estaba viva, no guarda estos miramientos. Opinaba que era necesario hacer callar á la razón; la razón y el malo á sus ojos son una misma cosa, y tienen por cómplice á la carne; es preciso hacer ruda guerra

(1) *Carta de San Francisco de Sales*, t. I, p. 335, 336.